

VISIÓN DE ESPAÑA

por

María Flora Yáñez

Cada vez que voy a España observo algo que en nuestra época resulta sorprendente: el tiempo no existe. Nada corre prisa. Se ignora la trepidante aceleración del mundo actual para vivir en la lenta cadencia que tenía la vida hace un siglo. Y, a pesar de los trastornos que crea este ritmo, a pesar del desorden e impuntualidad que trae consigo, nos da una extraña serenidad, calma nuestra angustia, apaga esa sed de no alcanzar a llegar, que en la hora presente y en todas partes, hace infelices a los seres.

Otra característica que vuelvo a sentir es la diferencia profunda que existe entre las literaturas española y latinoamericana. En esta última descubrimos, de país a país, una semejanza entre sí, un nexo que la une y que es como la voz de esta América nuestra. Voz que ya posee su acento propio y su peculiar resonancia. Este espíritu latinoamericano es áspero o delirante, contenido o fogoso, pero expresa un sentimiento de desolación que no encontramos en la literatura hispánica. Tales signos fundamentales nuestros provienen talvez de la geografía americana o de la mezcla ancestral con otras razas. En todo caso, advertimos en la poesía y novela de América Latina la expresión reiterada de la soledad cósmica del hombre, su incertidumbre ante el espacio y el tiempo, en contraste con la seguridad y firmeza del escritor ibérico.

No creo que ello obedezca a un diferente grado de evolución. La literatura española, desde su origen, es luminosa, afirmativa. Responde a las exigencias de precisión y desplante de un continente como el europeo, tan finamente recortado. En cambio, la novela y la poesía americanas

son deliberadamente informes. Expresan con poder la inconsciencia del hombre frente al universo en que vive. Valles paradisiacos, infernales desiertos, montañas y selvas como las de un mundo inconcluso. Y, dentro de ese mundo, seres humanos en crisol que se unen para amarse y se destruyen para triunfar. Pese a las diferencias que existen entre una y otra nación latinoamericana, el mismo sentimiento anima a los grandes creadores. Está en ellos la gran soledad de nuestro continente con sus panoramas de roca viva que devoran al individuo.

La soledad española es más estilizada. Podría compararse en su expresión literaria a algunos de los grabados de Doré en el Ariosto. El poeta español es color y grandeza. Calderón de la Barca, por ejemplo, ese monje fáustico y turbulento, da una sensación de abismo, dentro de un esquema reducido a lo indispensable. Es importante señalar tal característica: reducido a lo indispensable, como el arte morisco, como la arquitectura veneciana.

La literatura española es recortada; la nuestra es anchurosa. Estas diferencias medulares deben recalcar ahora que la literatura de Hispanoamérica invade los centros culturales de España, causando admiración y asombro ya que muestra al fin su esencia profunda.

La asombrosa pintura de España no siempre expresa, como su literatura, una visión de optimismo y de luz. Recuerdo a Goya cuyos cuadros nos muestran la tremenda soledad del hombre sin espíritu, del hombre abandonado de Dios. Y es ese abandono divino el que, frente a sus telas, nos comunica la sensación del máximo desamparo que puede experimentarse a través del arte.

Pienso en todo esto mientras camino, de noche, muy lentamente, por las milenarias callejuelas de Atocha que serpentean estrechísimas, alumbradas aún por faroles de gas. Su embrujo me coge y apacigua mi pensamiento mientras se me aparece el rico pasado de España con los

fantasmas de Cervantes y de Lope de Vega, de pajes galantes y del Cardenal Cisneros, sombra terrible, avanzando en medio de su pompa, y hasta del Don Juan imaginario.

Con nostalgia abandono ese marco para entrar otra vez a *desconsoladora e* a la incierta realidad.

M.F.Y.



PATRIMONIO UC